



Nacida en la Ciudad de México el 16 de mayo de 1942, Graciela Iturbide es sin duda una de las fotógrafas que gozan de fama internacional y, sin embargo, como todos los grandes Artistas (con mayúscula), una de las personas más sencillas que he tenido la fortuna de conocer.

Es ampliamente conocido que fue asistente de Manuel Álvarez Bravo de 1969 a 1971, una de las principales influencias estéticas en su trabajo fotográfico, aunque la discípula ya entonces evidenciaba una particular forma de construir visualmente su entorno. Además, realizó estudios de cine y ha sido miembro de agrupaciones como el Salón de la Plástica Mexicana, el Foro de Arte Contemporáneo y el Consejo Mexicano de Fotografía, donde ha dejado huella indeleble.

Es una artista visionaria que participó en la formación del movimiento contemporáneo de la fotografía en México y Latinoamérica. Proyectando una nueva mirada sobre el conjunto de su obra, la cual nos permite conocer los diversos temas que captan su atención y las distintas formas que tomaron cuerpo en sus creaciones, encontramos inesperadas meditaciones sobre la luz, las sombras y las formas de la figura humana; “fotografías sustraídas” de la vida en las ciudades y el campo; revelaciones de la plasticidad de los actos cotidianos en poblaciones rurales e indígenas en nuestro país, así como la de los pobladores de algunos territorios asiáticos. Todo ello dominado por una visión cuyo foco es la apostura de los retratados.

Al momento de la toma, Graciela controla totalmente la sesión y el resultado. Pocos fotógrafos me han impresionado por el poder de su inteligencia visual. Es siempre precisa, clara y decidida en lo que desea registrar para transmitir emociones. Ello se traduce, inevitablemente, en retratos, paisajes o actividades de la vida cotidiana que permiten al espectador contemplar la manera en que capta a sus modelos o escenarios con una dignidad estatuaría y orgullosa que no cualquiera puede transmitir.

En sus imágenes podemos reconocer reinos dispares de experiencia, desde retratos a paisajes rurales y urbanos, así como escenarios naturales. Cada fotografía irradia un aura de descubrimiento permanente: una cactácea del Jardín Botánico de Oaxaca, el corsé de Frida Kahlo o el rostro cansado de una figura de cera frente al mural del cráneo alegórico.

Su forma de ver es clara, objetiva y realista. Sus fotografías poseen una intensa claridad de la visión en una larga vida llena de esfuerzo creativo de primer orden que la mantiene fiel a su arte.

Parte de su obra reflexiona en torno a los aspectos rituales, místicos y ancestrales de los grupos humanos; de allí su presencia en diversas festividades tanto en Juchitán, Oaxaca, como en Sonora, la India u otras latitudes de Latinoamérica y Europa.

El universo femenino también está presente en muchas de sus obras, en sus manos y rostros, en las tareas cotidianas.¹ Para la artista no se trata de que la mujer haya cambiado: la mujer siempre ha estado presente de una manera vigorosa.

En *Mujer ángel*, una de sus obras icónicas, Graciela sintetiza en una poderosa imagen una cita pendiente entre la tradición y la modernidad, donde el universo femenino se abre paso para enfrentarse al espacio inabarcable que representa el desierto, la nada, el vacío que es, al mismo tiempo, el comienzo, la esperanza y el anhelo.

Por otra parte, *Nuestra señora de las iguanas*, otra de sus imágenes emblemáticas, nos muestra el garbo, el orgullo y la distinción de una mujer juchiteca frente a la lente. De igual manera, en la serie *White Fence Gang*, de 1986, las mujeres del grupo posan orgullosas ante la lente de la fotógrafa. Incluso la propia Graciela es parte de éste universo visual femenino y muestra de ello es su autorretrato con los indios seris.

¹ Un claro ejemplo es el ensayo visual sobre la actividad femenina en *La Mixteca*, realizado en Oaxaca en 1992.

